

RETRATOS
VISTAS DE TODOS LOS PAISES
MONUMENTOS

No se devuelven los originales
que se reciben.

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

COSTUMBRES

LAMINAS DE LA GUERRA

CARICATURAS

Se regala á los suscritores el
Almanaque de la Ilustracion.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.

NÚMERO DEL DIA DOS CUARTOS.

MADRID 8 DE FEBRERO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.

NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

ADVERTENCIA.

Estamos imprimiendo las *Cosas del mes de Enero*; pero como muchos de nuestros habituales lectores nos han manifestado el deseo de que se dé mayor publicidad á tan importante resumen, poniéndolo de paso al alcance de todos los que tengan dos cuartos, la citada ración formará un número de EL CASCABEL, según advertimos al anunciar las reformas que tan excelente acogida han hallado en nuestros lectores.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS

GOBERNADORES.

¿Querrán Vds. creer que todavía no he sido yo gobernador de ninguna de las 49 provincias de España? El caso es tan extraordinario é inverosímil, que yo mismo dudo si efectivamente no he sido gobernador ó si lo he sido y me se ha olvidado. ¡Gobernador! ¡Gobernador!... Me suena á mí eso de gobernador! Si yo no lo he sido, que ya digo que no lo recuerdo bien, por lo menos debo haber pensado en serlo. Si no lo hubiera pensado, dudaría de mi propio esp. añolismo, porque el español de los tiempos presentes se distingue por su afán de ser gobernador, porque ha sido, es ó será gobernador.

Quando paso por la Carrera de San Jerónimo, por donde han ido todos los politiquillos que en España han sido, y por donde van todos los días los que actualmente están metidos en la cosa pública, puedo asegurar al discreto lector que de cada tres caballeros que encuentro desde el café Imperial, invadido por los cómicos de la legua, hasta el Congreso de los Diputados, vacante esta temporada, dos han sido ya gobernadores, y el tercero tendrá que serlo un día ú otro.

Voy al teatro Real, porque me dan billete, que si lo hubiera de comprar, estaría tan lejos de mí el Real teatro como la Siberia, y en butacas, palcos y paraiso, no distingue la vista otra cosa que mujeres bonitas y gobernadores pasados. Lo propio me pasa en el teatro de la Zarzuela, en Apolo, en el Español, en Eslava y hasta en Capellanes; lo mismo en los toros y en las riñas de gallos.

Yo hago pocas visitas, primero, porque no tengo tiempo sobrado, y segundo, porque no es de mi gusto esa costumbre de visitar, que para otros constituye una de las obligaciones principales del hombre fino, atento y cortés; pero no tengo más remedio que hacer algunas, cuando, pongo por caso, se queda viuda una amiga mia de buena cara, cuando se casa, sin mirar lo que hace, algún amigo de la infancia, cuando teago que dar los días al casero, para estar bien con él y que no me suba el cuarto, que en eso de subir son extremados los caseros, y en fin, cuando voy á casa de algún editor empedernido, ó á la de algún empresario teatral á ver si me recibe una pieza, no tan buena como él. Pues bien, ¡oh, lector! no hay ejemplo de que en cada una de esas visitas no haya encontrado á algún prójimo que acaba de ser gobernador, ó de ser nombrado gobernador, ó está indicado para gobernador.

Yo pregunto á todos mis conciudadanos: ¿Hay alguno que no conozca á ningún gobernador? Imposible; el más oscuro de los ciudadanos de esta gran República, tiene un tío, ó un sobrino, ó un yerno, ó un cuñado que si no ha sido gobernador, lo será infaliblemente mañana ú otro día.

¿En qué fonda, café, restaurant ó alojería entra usted que no vea lo primerito un gobernador comenzando, tomando café, ó pasteles, ó zarzaparrilla?...

¿Qué sastre hay en España que pueda decir que nunca ha hecho un fraque para un gobernador?... Para uniformar á la reserva habría bastado requisar los uniformes de gobernadores que debe haber en todas las casas de Madrid. ¿No ven Vds. en *La Correspondencia* frecuentes anuncios haciendo saber al público que se venden bastones de mando?... ¿En qué exposición de fotografías no hay media docena de gobernadores?... En los portales de la calle del Príncipe conté yo el otro día más de cuarenta ex-gobernadores retratados. Todo esto me parece que indica bien claramente lo numeroso de la especie.

Como hay tanto partido político en este país, y cada partido tiene seis ú ocho juegos completos de gobernadores, resulta un número infinito, y además hay que contar los mozalvetes que cada día sientan plaza en el ejército de voluntarios de la política, que son otros tantos gobernadores en agraz.

En los tiempos ominosos los jóvenes entraban en la administración civil ocupando plazas de meritorios é temporeros, y les costaba sudores de muerte llegar

á formar entre los empleados de planta. Si alguno soñaba ser jefe político, ó sea gobernador, lo soñaba para el porvenir, para cuando tuviera 50 años, lo menos. Y aun de quien á esta edad llegaba á mandar una provincia se decía que había hecho una carrera brillante, y mirábase todo el mundo con cierta admiración.

Los modernos lo hemos arreglado de otra manera. Mocito conozco yo de 25 años que ya es gobernador cesante. A los 50 años ese prójimo no se podrá contentar con menos que ser reina madre.

El cargo de gobernador es sin duda uno de los más importantes de la administración pública, y todos los Gobiernos lo deberían confiar á personas de gran ilustración, de notorios y notables conocimientos del mecanismo administrativo, de probados servicios, de especiales condiciones de energía y prudencia, y tino, y respetabilidad, bajo todos conceptos. Y además de todo esto, sería sobremedida conveniente que no se variase tan frecuentemente de gobernadores en las provincias. Gobernador hay que no ha tenido tiempo todavía de averiguar cuál es la muchacha casadera más rica de la insula, cuando se encuentra con la orden trasladándole á otra provincia ó dejándole á pié. De esta suerte, el gobernador se vuelve sin haber tenido tiempo de hacer nada, y la capital de la provincia se queda sin haber conocido siquiera á su gobernador. Epocas ha habido en que en un mes ha tenido una misma provincia tres gobernadores.

Por lo demás, se comprende esa predilección que hay entre los políticos por el destino de gobernador. Es un cargo muy lucido y vistoso, y hasta aireso y jacarandoso. En una capital de provincia el gobernador es una especie de rey democrático. Si es soltero, puede echarse á buscar acomodo entre las solteras ó viudas ricas de la población, porque á las mujeres les suena tambien muy agradablemente que las llamen gobernadoras, y en el teatro, en el paseo, en las reuniones, el gobernador es objeto de la atención general, y de la particular admiración de los políticos más caracterizados de la localidad para quienes el gobernador es una especie de Júpiter olímpico. Pero es preciso que el gobernador sea simpático, observador, y conocedor del mundo y de los hombres, y sepa ganar amigos, porque si es quijote, ó ridículo, ó demasiado presumido, ó demasiado pobre hombre, entonces, pronto le dejan estropeado y maltrecho los graciosos de la insula, y su autoridad sufre grave detrimento. Un

LAS CORRIENTES DE LA VIDA

NOVELA ESCRITA

POR T. GUERRERO

Teodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Sinués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarría, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Carlos Frontaura.

CAPITULO PRIMERO.

Por T. Guerrero.

(Continuación)

—No; la prueba es que nuestras madres nos llevan al baile y van allí las personas más principales; pero sin haber puesto el pié en un salón, conociendo tu carácter y el de Valentin, temo que éste sufra allí viéndote obsequiada.

—Discurrir siempre como las viejas, mi querida Consuelo. ¡Uf! ¿Quién te pudiera quitar ese defecto?

—¿Qué dices?

—Es claro; siempre me estás sermonando como si no contaras los mismos años que yo y como si temieras de mí alguna imprudencia por mi carácter alegre.

—¡Ay, Olvido! por instinto comprendo que toda la reflexión es poca para vivir en el mundo sin peligro.

—¡Ea! ya estás en el pulpito; naciste para misionera, pero no tienes ni edad ni figura para predicar.

—¿Por qué?

—Porque para sermonar es preciso ser un vejetero, tener la cara muy arrugada, el gesto y los ojos muy feroces; y tú tienes una cara muy bonita para que nadie haga caso de tus reflexiones.

—Olvido abrazó á su amiga, que le dijo con su tono siempre sentencioso:

—Porque te quiero como una hermana me permito aconsejarte. Valentin te ama con idolatría, y como es algo receloso...

—No, Consuelo, interrumpió Olvido riéndose; sobra á esa palabra la primera sílaba: tu hermano es celoso.

—Y si lo es, tú que correspondes á su cariño, ¿por qué no estudias la manera de calmar su espíritu?

—¡Bueno fuera! Valentin no tiene el menor motivo de queja de mí, porque no pienso más que en él; pero siempre me está acechando desde sus balcones para ver si me asomo á los mios, y no puedo nombrar á ninguno de los amigos de casa sin que me ponga un gesto de maestro de escuela enojado; ¡y eso no es justo! Mientras no haya motivo, no debe atormentarse ni atormentarme.

—El no puede remediarlo; es un defecto de su carácter.

—Pues, hija, es preciso que lo remedie, porque cada uno tiene su carácter, y el mio es comunicativo, sin que nada ni nadie en el mundo le robe uno solo de mis pensamientos, una sola de mis miradas.

—Lo sé, querida mia; no puedes esconderme tus impresiones; leo en tu corazón, como tú en el mio, y no ignoro cuánto amas á mi hermano, pero sé tambien que él sufre.

—Hace mal, Consuelo. ¿Quieres creer que desde que me convidaron al baile frunció las cejas y se puso de mal humor?

—Tú lo dijiste: es celoso.

—Pero, ¿de quién tiene celos?

—De todo el mundo.

—Eso es insufrible! Cuando se case conmigo, no he de encerrarme en una celda para hacer la vida

monástica; mamá dice que debo entrar en el mundo para aprender á tratar con las gentes. ¿Por qué desconfía de la mujer que tanto le ama?

—Los celos...

—Ya le quitaremos esa manía, dijo Olvido riéndose; él se convencerá de que pierdo el tiempo en dudar de mí. Además, cuando me vea esta noche en traje de baile, hecha un figurin del *Correo de la moda* se regocijará, y como todas mis preferencias serán para él, aunque baile con otros, acabará por tranquilizarse.

—¿Vas á bailar con otros hombres, Olvido?

—Por supuesto; mamá dice que es de mal tono consagrarse en un salón á un hombre solo, aunque este sea el novio; ¡seríamos la fábula de los concurrentes!

—Vale más que no bailes ni con Valentin ni con ninguno.

—¿Estás loca? ¿Dejar de bailar? ¿Pues si deliro á la idea de seguir el compás y de aturdirme con el ruido de la orquesta!

Consuelo hizo un gesto expresivo, y Olvido le preguntó:

—¿Por qué haces esa mueca? ¿No piensas bailar esta noche?

—Sí, si me preparan para bailar.

—Entonces...

—Ten en cuenta que Genaro no es celoso como Valentin.

—Pues que aprenda tu hermano del mio.

—Silencio, Olvido; ha sonado la campanilla, y deben ser ellos.

Los ojos de las jóvenes se animaron al sentir pasos en la sala; abrióse la puerta del gabinete, y aparecieron Genaro Monreal y Valentin Fajardo, que estrecharon las manos de sus amantes con la satisfacción pintada en los rostros.

—¡Hola! dijo Genaro; ya veo aquí todo preparado; van Vds. á llamar la atención en los salones de la marquesa.

—¿Qué te parece mi traje, Valentin? preguntó Olvido con la cara muy risueña.

hombre que sea jorobado, patizambo, tartamudo, sordo, no debe ser gobernador, y tampoco lo debe ser si tiene un apellido que se preste al epigrama y á la sátira. Y caso de que le nombren gobernador, que no vaya á Andalucía, donde es la gente, según fama, capaz de hacer burla, no solo de un gobernador, sino de un entierro.

Cada vez que se saca una nueva hornada de gobernadores, que estas hornadas son frecuentes, deseo yo, no por otra cosa sino porque anhelo el bien y la buena administración y la paz de las provincias, que Dios ponga tiento en las manos de los gobernantes, porque de la elección de buenos gobernadores depende el bienestar de los pueblos. Si hubiera habido buenos gobernadores en las provincias, no habría habido cantones, ni Cartagena estaría hoy en el triste estado en que la pintan los que la han visto, ni la guerra civil hubiera adquirido las proporciones que tiene. Esto me parece que no me lo podrá negar ningún nacido.

—Pero ¿hay buenos gobernadores?... Lo digo porque aquí ya ha sido gobernador todo el mundo, y francamente, lo debe haber hecho muy mal todo el mundo, cuando tantos desastres se han visto. Vamos á ver si la hornada que acaba de salir ahora calentita es más afortunada que las anteriores; vamos á ver si acierta á remediar los males que deploramos, y á dar orden y sosiego y confianza á las provincias.

—Pero hombre, ¡parece mentira que yo no haya sido gobernador todavía! ¡Si lo habré sido y no me acordaré!

Ci. FRONTERA.

LAS ARMAS DE LA MUJER.

Sonríe si puedes; llora si no y vencerás.
(Carta de la autora á una de sus amigas.)

I.

En la época belicosa que atravesamos, en esta época en que se inventan cañones, fusiles, pistolas, máquinas de batir ejércitos, medios de arrasar ciudades, y todo género de instrumentos destructores de la humanidad, como si la vida fuese tan larga y tan exenta de peligros: en esta época guerrera y valerosa, no parecerá extraño que yo haga también ostentación de las armas de nuestro sexo, enumerándolas, elogiándolas, y recomendando su uso constante, para defensa de nuestros derechos y de nuestro bienestar.

Nuestras armas son numerosas y fuertes, tan fuertes, que sabiéndolas esgrimir bien, y sobre todo á tiempo, el guerrero más temible, más audaz y más fiero, depones su lanza, inclina la cabeza y pide gracia y misericordia.

—¿Qué loca manía invade hoy las cabezas femeninas al querer dejar los privilegios del sexo débil, tan bien armado, tan seguro siempre de la victoria?

—¿Por qué quieren ceñir el birrete de abogado ó de doctor, dejando las blondas y las flores, que tan graciosamente coronan las blancas sienas de la mujer?

—Con la blanda sumisión, con la amorosa obediencia,

—Bien, contestó el joven encogido de hombros, en ademán de indiferencia.

—¿Qué disgustado vienes! ¿Te ha pasado algo?

—No.

—No le preguntes, Olvido, repuso Genaro riéndose, porque está hoy destemplado; ¿quieres creer que no tiene ganas de ir al baile?

—¿Por qué? preguntó Consuelo.

—No sé la verdad; pretesta que como mañana entramos de semana en el cuartel, hay que madrugar, y no es muy agradable el servicio militar después de una mala noche.

—¿A los 20 años! exclamó Olvido.

—A los 20 años, observó Valentín, quiere un hombre su cuerpo lo mismo que si tuviera 40.

—¿Parece imposible! dijo Consuelo.

—Vamos, Valentín, agregó Olvido con tono afectuoso; no me quites la ilusión de estrenar mi vestido celeste; pues si no vas al baile, tampoco iré yo.

La fisonomía de Fajardo se animó con aquellas palabras de su amante, y cogiéndole una mano, dijo:

—No te robaré tu ilusión, Olvido; iremos al baile.

—Gracias; me habías alarmado. ¡Ya verás cuánto nos divertimos!

Y los cuatro jóvenes se prepararon para asistir á la fiesta de la marquesa del Encinar.

Reducido, en la narración de los sucesos, á moverme en el estrecho círculo de un capítulo, no me es dable llevar al lector al gran baile de la marquesa del Encinar; me limito, pues, á decir que estuvo magnífico y que entre las bellezas que llenaban los salones, precioso ramillete de flores, llamaron la atención dos botones de rosa, apenas entreabiertos, que habían aparecido por primera vez en el jardín del mundo.

Como el lector es siempre discreto, comprenderá que aludo á Consuelo Fajardo y á Olvido Monreal. Conociendo ya el carácter de ésta, se adivinará que había salido del sarao prendada de la animación del baile y desvanecida con el humo del incienso; pero dejémoslas dormir, que el cansancio de la fiesta exige el re-

cia, abdican todo su poder y entregan las armas bellas que poseen.

Los hombres no las contarán como sus iguales: no es la ciencia y el estudio lo que da la energía del alma, la fuerza del carácter, y de poseer estas prendas, la mujer dejaría de serlo.

Yo no quiero parecerme en nada al sexo fuerte, y prefiero escudarme con mi debilidad á tener la terrible responsabilidad de la fuerza.

Obedecer es mucho mejor, más fácil y más dulce que mandar.

II.

Pasemos revista á nuestras armas; ¡oh, mis lectoras! y la que haya olvidado las suyas, que las prepare y las tenga prontas para el combate.

La dulzura es el auxiliar más poderoso para conquistar todo cuanto apetecemos; pues seamos dulces en todo, en el carácter, en las acciones, en la expresión del rostro, en las inflexiones de la voz, en la mirada y en la sonrisa.

Cuando un hombre se deja llevar por la cólera, y se olvida de lo que se debe á sí mismo, una palabra dulce le desarma, y una dulce mirada le avergüenza.

El contraste es la grande-eloquencia y la gran lección de la vida.

Una dulce sonrisa da las gracias con más verdad que una arenga, y una dulce inflexión de voz alcanza más que todas las instancias.

Todos los poetas han vestido sus canciones inmortales con el ropaje de la dulzura: ¿qué otra cosa, sino su imagen, son la *Cordelia*, de Shakspeare, la *Cosette*, de Víctor Hugo, *Mme. de Tede*, de Fenillet y *Corina*, de Mme. Staël?

La música, ¿nos encantaría si no fuese todo dulzura y sentimiento?

¿Amariamos las flores á no ser por su dulce perfume y su suave belleza?

El grato ambiente de la primavera, ¿no parece reanimarnos con su penetrante dulzura?

Si; la dulzura es lo más bello que se conoce y lo que ejerce un predominio mayor en nosotras, y con el manto de la dulzura se adorna todo lo que es inmortal: seamos dulces, aunque tengamos razón para estar resentidas, y mostremos sentimiento; pero cólera jamás.

Julietta sedujo á Romeo por su inefable dulzura de carácter: así lo dice el poeta, y así lo demuestra en la deliciosa escena de *¡Adios!* que los dos jóvenes tienen á la aurora del día que los separa para siempre, y en la que la amada dice al amante, para retenerle un poco más, que no es la alondra la que canta, sino el ruiseñor que se deja oír entre las sombras de la noche.

Habrà quien comprenda y ame á la mujer fuerte y enérgica, y yo siento no ser de ese número para amar de otro modo nuevo á la mujer: mas aun cuando la voy á buscar para admirarla al campo del pasado y entre las páginas de la historia, admiro más á la mártir de las oscuras penas del hogar doméstico, que á las heroínas como Juana de Arco y la Monja Alférez.

Bastantes hombres hay que derraman la sangre de sus semejantes.

A las mujeres toca no herir, sino rezar, amar y bendecir.

poso, y vamos á otra parte, donde nos llama el deber de fieles narradores.

Así como en el teatro se verifican mutaciones de escena, á gusto del autor, en la novela me será permitido trasladarme, el día después, al antiguo cuartel de Guardias de Corps. Entro, sin permiso de los centinelas, en el cuerpo de guardia, donde hay algunos oficiales de caballería prestando servicio; á pesar de la animación que reina en todas partes cuando se encuentran reunidos varios jóvenes, hay allí uno que está recostado en un sillón, con la cabeza apoyada en la mano, en actitud de profunda meditación.

—¿Qué le pasa al teniente Fajardo? preguntó un alférez. Parece que ha pasado hoy mala yerba.

El oficial aludido no se movió.

—¿Qué es eso, Valentín? añadió otro alférez de su escuadrón. ¿Te ha echado algún trepe el coronel? Si es así, no hay más que tragar saliva, compañero.

El teniente siguió inmóvil.

—Valentín es un militar exacto, y nunca da motivo para recibir reprensiones de sus jefes, dijo un teniente que á la sazón entraba en el cuerpo de guardia.

—¡Hola, Monreal! Siempre sales á la defensa de Fajardo.

—Valentín es mi hermano.

—Entonces sabrás lo que tanto le preocupa.

—Ya lo creo; su preocupación tiene otro nombre.

—¿Cuál?

—Sueño, contestó Genaro sonriéndose.

—¿Vamos! ¿ha habido velada?

—Sí; hemos asistido al gran baile de la marquesa del Encinar, de donde salimos al amanecer con el cuerpo rendido; y no nos hizo gracia maldita, en vez de meternos entre sábanas, cambiar el *clac* por el *chascás*, el frac negro por la levita azul y los guantes de cabritilla por los de ante, para venir al cuartel á cuidar del pienso de los caballos.

—Ya lo creo; entonces no es extraño que Fajardo se duerma, observó uno de los oficiales; por fortuna, como solo está de semana, descansará esta noche en su cama.

III.

La resignación es otra de las armas mejores, y á la vez una de las santas coqueterías de la mujer.

No es la falta de sentimiento, es el sentimiento mismo, domado, suavizado, embellecido, por decirlo así, con la dulzura y la paciencia.

No hace mucho tiempo que reconvenía yo á un hombre de mérito, que, casado con una bella joven, hacia la corte á otra mujer no tan bella.

Hacíale yo notar que no ganaba en el cambio, y me respondió:

—Usted se engaña, amiga mía; gano, y mucho: mi mujer tiene un carácter insoportable, y en casa de esa persona descanso de oír la quejarse de todo: justamente esa otra no se queja de nada.

—Porque le quiere á V. menos.

—Pues desearía que mi mujer no me quisiera tanto, y sería más feliz: cariño que se expresa mortificando, no sirve para nada.

—¿Y no le remuerde á V. la conciencia de ser infiel á su mujer?

—Absolutamente: pasaría muy malos ratos si la viera resignada y triste, pero dulce; mas ha tomado un camino que me absuelve; se enoja, se encoleriza, y me creo en paz con mi conciencia, en atención á lo que me hace sufrir.

—Si ella supiera que le era V. fiel, no estaría incomodada.

—Lo estaba lo mismo cuando yo lo era: lo ha estado siempre, y siempre lo estará: así es, que tanto me sirve obrar bien con ella, como obrar mal, y no veo la razón de por qué no he de ser yo feliz, haciéndome ella tan desdichado.

¿Cuánto hubiera ganado aquella pobre mujer por medio de la dulzura y de la resignación!

No hay hombre de corazón tan duro, que al ver sufrir á su esposa silenciosa y noblemente por sus extravíos, no se avergüence de ellos y no procure corregirlos.

La cólera exaspera al sexo fuerte: semejante al clarín del combate, convida á la batalla y hace desafiar todos los peligros.

La resignación es una hija del cielo, tan hermosa, tan dulce, tan benéfica que en el alma de la criatura más afligida, más infeliz y más perseguida, derrama la tranquilidad y el bálsamo del consuelo: no hay pena que no dulcifique, ni herida cuyos dolores no alivie.

IV.

Réstame hablar de la más bella de nuestras armas: del puñalito con cabo incrustado de pedrería y delicadamente cincelado: del primoroso juguete, cuyo resplandor atrae y seduce.

Esta es... la coquetería.

—¿Os asustais? No hay por qué: la coquetería, no tiene nada que ver con el coquetismo.

Es sencillamente el deseo de agradar y el arte de conseguirlo.

La mujer necesita conservar la coquetería para su felicidad, porque la coquetería es una especie de conocimiento de su propio mérito, que la induce á realizarlo en cuanto puede, y á aumentarlo con mil gracias é inocentes recursos: puede decirse que la coque-

—Y ¿qué tal el baile? preguntó un alférez de bigotes grises. ¿Había buen ganado?

—Sí, muy bueno, contestó Monreal sonriéndose para ocultar su desagrado por la palabra con que se calificaba á las damas del salón de la marquesa.

Genaro se acercó á su amigo y le tocó en el hombro para preguntarle en voz baja:

—¿Qué tienes, Valentín?

—Nada, contestó éste con desden, sin levantar la cabeza.

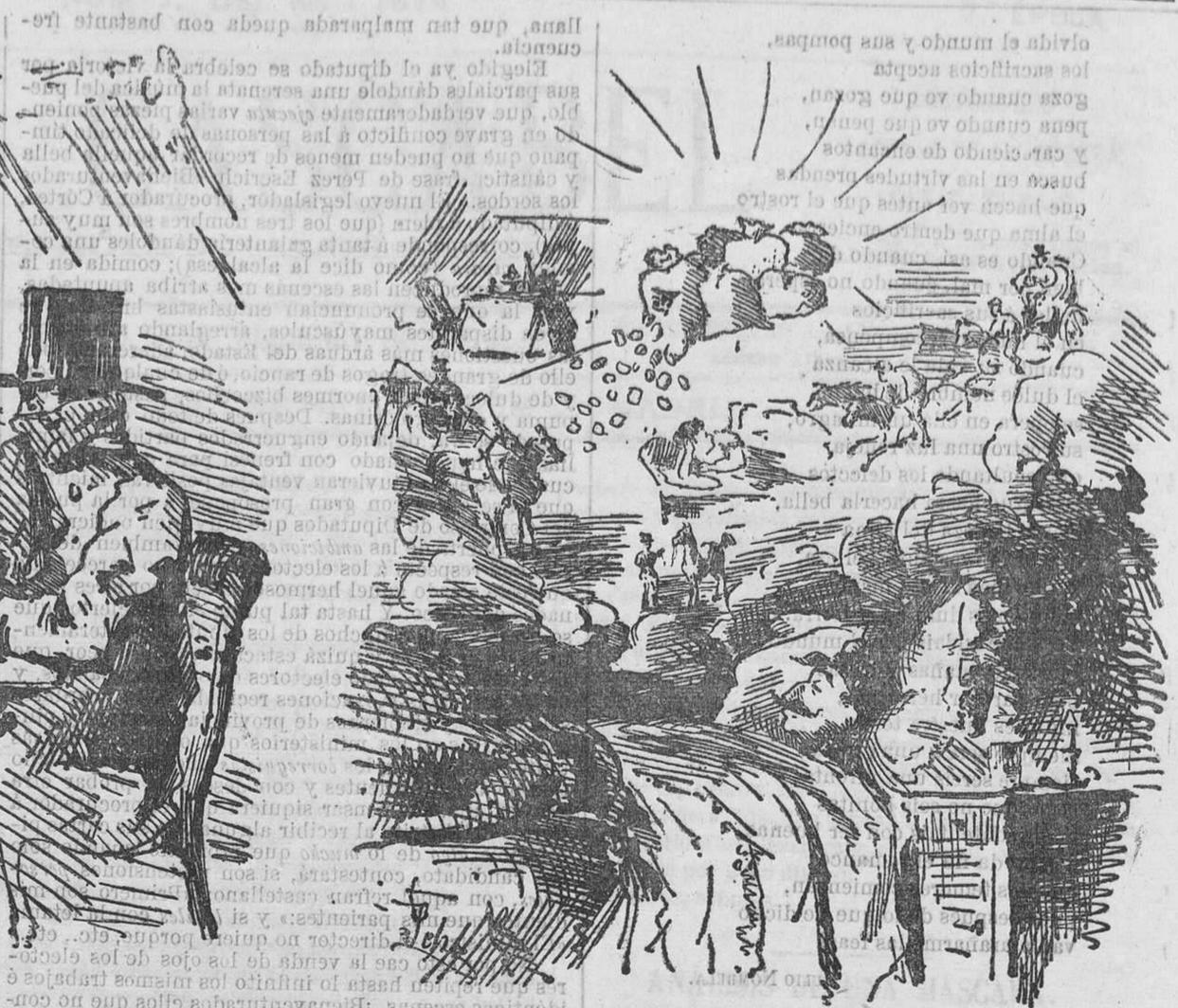
Monreal marcó en un gesto su profundo disgusto por ver abatido á su compañero, comprendiendo la causa de aquella preocupación, que había calificado de sueño para que los oficiales no le molestaran y evitar una excisión, fácil de promover por el carácter violento de Fajardo.

Tiempo es ya de fijarnos en los dos jóvenes que tan importantes papeles deben representar en esta narración, como miembros principales de las familias que tan estrechamente unidas vivían en la casa de la calle del Desengaño á donde llevé al lector.

Compañeros desde niños, como ya indiqué, habían cultivado su amistad en el colegio de Valladolid; se acostumbraron el uno al otro y se querían como hermanos, habiendo crecido más su simpatía desde el momento en que Olvido y Consuelo se habían apoderado de sus corazones.

Genaro Monreal era un carácter noble, generoso, reflexivo; con el corazón de un hombre y el alma de un niño; la bondad era en él ingénita; era capaz de pelear con el valor de un león y de llorar con la ternura de una mujer. Sus jefes le distinguían por su puntualidad en el servicio, por el respeto que dispensaba á la ordenanza, porque para él era sagrado el pundonor del militar. Adoraba á sus padres y á Olvido; amaba con delirio á Consuelo; y después de Consuelo y de sus padres, Valentín era para él un hermano.

(Se continuará.)



—Para tomar el café, quítese Vd. la bufanda.
 —No, que me conoce el mozo, y le debo diez tostadas.

Entre una mujer que descuide su traje y su atavío, y una mujer vestida con coquetería, no hay que dudar cuál de las dos alcanzará más victorias: no será la más buena, si no la más agradable.

Casi todos los maridos negarán una cosa justa, solicitada en nombre del derecho por su esposa, y no resistirán a la vista de un brazo blanco y torneado que se apoye en su hombro, en tanto que los labios piden por favor la misma cosa, entre dos lágrimas y una sonrisa.

¡Oh, las lágrimas! Las lágrimas a tiempo son otro de los auxiliares de la coquetería.

Pero las lágrimas vertidas dulcemente, y sobre todo, sin cólera, aunque sean con sentimiento.

Ellas son las balas de que debemos servirnos para tomar las fortalezas más inexpugnables.

La dulzura, la persuasión, la belleza, el llanto; y cuando nada de esto baste, la paciencia: hé aquí nuestros medios de conquista, y nuestros recursos diplomáticos para alcanzar la felicidad en esta vida.

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL TIPO DE LA MUJER.

LA FEA.

ROMANCE.

Ya que en vez de darme el arpa que usar suelen los poetas, pone Frontaura en mis manos, la picaresca vihuela, formaré parte del corro, cantaré pues que se empeñan; y en vez de endilgar mi copla como es costumbre a las bellas, echaré una cáma al aire dirigiéndome a las feas.

Comprendo la humilde escoba ornada con falda hueca, y hasta comprendo al miope que de amor suspira al verla; comprendo que pierda el juicio un hombre que canas peina, y que unos ojos traviesos armen trastornos y guerras. Comprendo que un cuerpo andando lleve tras sí almas en pena, y en fin, lo comprendo todo hasta lo del: «¿quién es ella?»

Este federal cesante—sueña que está en el poder,—y que tiene lo que nunca—soñó llegar a tener.

Tratándose de mujeres
 bajas, altas, flacas, gruesas,
 pobres, ricas, listas, tontas,
 blancas, rubias ó morenas,
 solteras, casadas, viudas;
 en fin, de cualquier manera,
 siempre que sean hermosas,
 siempre que en la cara tengan
 ese no sé qué que admira,
 ese no sé qué que ciega,
 ese no sé qué que forma,
 con la mirada una cuerda,
 y que echándonosla al cuello
 casi sin sentir nos lleva,
 ó á la santa Vicaría
 para ir más tarde á la Iglesia,
 ó á los antros del infierno,
 ó tras calles y plazuelas
 á la puerta de una casa
 que con impetu se cierra,
 dándonos por todo premio
 en la cara con la puerta.

Pero lo que no me explico,
 lo que mis nervios altera,
 lo que mi bilis escita,
 lo que mi furia despierta,
 es que haya venido al mundo
 ese feroz mónstruo hembra,
 ese activo cierra ojos,
 ese jarro de agua fresca,
 ese cura pecadores,
 que se llama mujer fea.

Vedla... tan pronto os ofrece
 su cara las asperezas
 de los riscos y peñascos
 de las empinadas sierras,
 como parece su rostro
 una patata manchega,
 que descomunal nariz
 condena á sombra perpétua.

Al aderezar su imagen
 han tenido tanta priesa,
 que han colocado sus ojos
 cual si fueran yerno y suegra.
 ¡Qué boca! Ni las del Ródano
 pueden competir con ella,
 ó es como una espuerta grande,
 ó si ha dado en ser pequeña
 es un conjunto de todas,
 las figuras geométricas.

O es cejijunta ó no tiene
 más que el sitio de las cejas,
 ó es mofletuda ó chupada,
 ó es blanca como la cera,
 ó parda como la mosca,
 ó roja como la fresa,

ó verde como la oliva,
 ó en su cutis se condensan
 estos colores á un tiempo
 formando un arco... de piedra.

Y si acaso algun lunar
 debe á la naturaleza,
 lo que en otras es encanto
 no es más que lunar en ella,
 lunar que acaba en berruga,
 berruga donde tropiezan
 las intenciones piosas
 las miradas indiscretas.

Los afeites, los adornos
 sus desperfectos aumentan,
 son como el marco de un cuadro,
 dan luz para que se vean
 los errores, los caprichos,
 los descuidos, las torpezas
 de aquel busto fabricado
 por una mano siniestra.

La fea sin componer
 pura y simplemente es fea,
 pero la que se compone,
 la que con joyas y telas
 quiere imponerse, rompiendo
 sus naturales cadenas,
 es fea que reincide,
 que al género humano atenta
 con premeditación, dolo,
 alevosía, imprudencia;
 causas todas agravantes
 que al suplicio la condenan
 de morir vistiendo imágenes,
 de pasar la vida entera
 como madre Celestina
 administrando recetas,
 forjando chismes y cuentos,
 y sirviendo cuando es vieja
 para asustar á los niños
 y dar al mundo jaquecas.

La envidia brota en su alma
 y al fin y al cabo la llena;
 como ella sufre, hacer daño
 es lo que su mal consuela;
 no hay enredo que no zurza,
 no hay astucia que no tenga,
 no hay ventura que no merme
 no hay paz que no torne en guerra.

Por todas estas razones,
 y otras que calla mi lengua,
 la detesto, la abomino,
 y suprimirla quisiera.

Solo de un modo en respo,
 en interés mi odio trueca;
 cuando á su mal resignada
 con caridad evangélica

olvida el mundo y sus pompas,
 los sacrificios acepta
 goza cuando ve que gozan,
 pena cuando ve que penan,
 y careciendo de encantos
 busca en las virtudes prendas
 que hacen ver antes que el rostro
 el alma que dentro encierra.
 Cuando es así, cuando da
 bien por mal, cuando no espera
 hallar á sus sacrificios
 en el mundo recompensa,
 cuando su vida le alcanza
 el dulce nombre de buena,
 se opera en ella un milagro,
 su rostro una luz refleja
 que ocultando los defectos
 consigue hasta hacerla bella,
 con la belleza del alma
 que es la más pura belleza,
 la que más afecto inspira
 la que más dura en la tierra.
 Feas que andáis por el mundo
 buscando mañas y tretas
 para parecer hermosas,
 inútil es vuestra tema...
 Siempre sereis una errata,
 siempre sereis una afrenta,
 si porque no sois bonitas
 no os contentais con ser buenas.
 Y aquí da fin el romance
 que mis temores comienzan,
 pues despues de lo que he dicho
 van á arañarme las feas.

JULIO NOMBELA.

LA POLITICA EN LOS PUEBLOS.

BOSQUEJO.

(Conclusion.)

Pero esta corrupcion que se nota en grande escala en las capitales, se ve tambien en los pueblos, pero de una manera más ridicula, más bafa, más arlequinada; pues si en aquellos se promete á los electores empleos en ministerios, en gobiernos de provincia, en correos, en tabacos, en magistratura, y decoraciones y grados, etc., etc., en éstos se vende la conciencia pública por una gratificación, por un cuartillo de vino ó aguardiente; por un cahiz de trigo; no siempre albarigo, ni candeal, sino rubion y de las Indias; por una arroba de arroz, de centeno, aunque sea atizonado ó corniculado; de aceite *et sic de ceteris*. Y en estas y aquellas deben quedar convencidos hasta la evidencia los candidatos de la *simpatía* que merecen á sus electores, y del *patriotismo* y notable *desprendimiento* de aquellos: y sobre todo en estas y aquellas habrán podido notar una disminucion considerable en el metálico que les acompañaba al visitar los pueblos de sus distritos, ó quizá el completo vacío en sus bolsillos, disminucion ó vacío que les ha asegurado un triunfo tan noble, tan distinguido, tan levantado, que no hay palabras suficientemente gráficas en nuestra rica lengua para expresarle debidamente.

No debemos pasar por alto una originalidad que se nota en algunos pueblos, y es, que en sus trabajos electorales no están exentas de tomar parte las mujeres en general, y muy especialmente la esposa é hijas de los caciques de los mismos, que no solo pagan votos, dan papeletas y entusiasman á la gente, si que tambien pronuncian discursos á su manera, á favor de la doctrina que representa su candidato, ó del candidato mismo *sin doctrina*, importándole un camino del qué dirán de la sociedad, y de la gramática caste-

llana, que tan malparada queda con bastante frecuencia.

Elegido ya el diputado se celebra la victoria por sus parciales dándole una serenata la música del pueblo, que verdaderamente *ejecuta* varias piezas poniendo en grave conflicto á las personas de delicado tímpano que no pueden menos de recordar aquella bella y cáustica frase de Perez Escrich «Bienaventurados los sordos.» El nuevo legislador, procurador á Cortes, ó diputado á idem (que los tres nombres son muy suyos), corresponde á tanta galantería dándole una comida *pipara* (como dice la alcaldesa); comida en la que se reproducen las escenas más arriba apuntadas, y en la que se pronuncian entusiastas brindis, y se dicen disparates mayúsculos, arreglando allí mismo las cuestiones más áridas del Estado, aderezado todo ello de grandes tragos de rancio, ó de cualquier licor, y de dulces secos, enormes bizcochos, pasteles de espuma y otras golosinas. Despues de todo esto, el diputado se va, dejando enguerrados partidos y familias que han luchado con frenesí para encumbrarle, cual si de ello obtuvieran ventajas positivas, mientras que él se entra con gran prosopopeya por la puerta del Congreso de Diputados que muy bien pudiera llamarse puerta de las *ambiciones*, como tambien del *olvido* con respecto á los electores, pues no parece sino que esté oleado aquel hermoso palacio por aires emanados del Leteo. Y hasta tal punto es esto cierto, que se preceinde por muchos de los diputados enteramente de los cachetes y quizá estacazos, ó algo peor, que por ellos se han dado electores de opuestos bandos, y de las serenatas y ovaciones recibidas para acordarse solo que hay gobiernos de provincia vacantes, y pingües plazas en los ministerios que ocupar. Mientras tanto los *lobistas* y los *borreguistas* quedan por mucho tiempo á regañadientes y con deseos de probar otra vez fortuna, sin pensar siquiera que el procurador á Cortes del distrito al recibir algunas de sus cartas pidiéndole *algo* de lo *mucho* que prometió cuando solo era candidato, contestará, si son pretensiones *personales*, con aquel refran castellano: «Primero son mis dientes que mis parientes:» y si *locales* con la letanía «El ministro ó el director no quiere porque, etc., etc.»

No por esto cae la venda de los ojos de los electores que repiten hasta lo infinito los mismos trabajos é idénticas escenas. ¡Bienaventurados ellos que no conservan memoria de las ingratitudes, y saben olvidar deslealtades!

Pudiera extenderme mucho más sobre el tema «La política en los pueblos» porque campo y ancho ofrece el asunto para poder pintar un buen cuadro, pero como solo me he propuesto, como en el epigrafe se ve, hacer un *bosquejo*, faltaria á mi palabra si en vez de pintar sin definir bien los contornos, ni darle la última mano, hubiera intentado (aunque en manera alguna conseguido) concluir con perfeccion todas sus partes, prestándole vida, animacion y belleza, lo que queda para los Velázquez de nuestrás costumbres, Frontaura, Castro Serrano y Guerrero, y no para mí, que solo embadurno lienzos contando con la indulgencia de los lectores de EL CASCABEL.

EMILIO CIRUJEDA.

CASCABELES

En el lugar correspondiente publicamos el programa de la funcion inaugural que se dará en el teatro de la Alhambra el lunes próximo. La funcion es bonita, y aconsejo á Vds. que no dejen de asistir.

No diremos que sea una solemnidad; pero será un espectáculo agradable y entretenido.

Con que á tomar billetes antes de que se acaben.

Ya se ha publicado el tomo 17 de los *Cuentos de salon*, con la novela *La nube negra*, original de Teodoro Guerrero. Escuso decir á Vds. que la novela de mi compañero es buena, porque eso ya se lo figuran ustedes; pero no puedo dispensarme de recomendarles que la compren. Véase el anuncio.

Conozco una familia tan aficionada al ahorro, que todos sus individuos se han consagrado á ahorrar.

El padre está ahorrando, por si le declaran inútil para ser miliciano, poder pagar el tributo correspondiente.

La mamá ahorra para abonarse al teatro de la Alhambra, donde se va á estrenar un repertorio dramático nuevo y moral como muy pocos.

La niña mayor ahorra para adquirir los *Cuentos de salon*.

La más pequeñita ahorra para comprar *La primera edad*.

El pollo de la casa compra con sus ahorros EL CASCABEL; y el que le sigue está reuniendo lo necesario para comprar los tomos anteriores de *Los Niños*.

La verdad es que el periódico *Los Niños* ofrece cada día mayor interés, y que los problemas que publica llaman con justicia la atencion de sus lectores, haciéndoles que manden sus soluciones al vapor. La parte literaria es inmejorable, y sus grabados preciosos. Bien hace en ahorrar para suscribirse el niño á quien antes me he referido.

Segun vemos en un comunicado de un ex-general cantonalista, en la junta suprema de Cartagena se discutió acaloradamente si debería enarbolarse en la plaza el pabellon norte-americano. Tanto españolismo nos conmueve.

Y á propósito, ¿qué dicen los tribunales de los prisioneros de Cartagena?

Entre las certificaciones con que se anuncia una de las infinitas panaceas para toda clase de males, *La Correspondencia* inserta una en que se refiere la *Casi milagrosa curacion* de un Excmo. Sr. Pinche; la firma el Dr. Batacazo: me escaman los apellidos del enfermo y del médico.

El decorado, los trajes y la maquinaria de la nueva comedia de magia *Las manzanas de oro*, puesta en escena en el teatro Español son de lo mejor que se ha visto en España; no lo mejor. La comedia es agradable, y lo sería más si se le quitase todo lo que sobra.

Por lo demás, sentimos que la empresa del teatro Español haya preferido al culto del arte dramático la exhibicion de trajes caprichosos, de mujeres bien formadas y de luces de bengala. Es, sin duda, un espectáculo digno de aplauso, pero su lugar no es el teatro Español.

Para representar esa magia, la empresa, sin miramientos ni consideraciones de ningun género, ha retirado obras ya ensayadas, y algunas anunciadas en los carteles, de autores dignos de ser tratados de otra manera.

Celebraremos que la empresa gane dinero con la comedia de magia, pero permítasenos decir que, poniendo en escena obras de ese género, no cumple las condiciones con que el Ayuntamiento le dió *gratis* el teatro para el fomento y el esplendor del arte dramático, y no para el de las pantorrillas y las lucecitas de colores.

¡Hombre! tendré yo que enterarme del asunto ese de la contrata de la fabricacion de cigarros, porque veo que otros periódicos se preocupan mucho de ese negocio. Y segun parece hay proposiciones más ventajosas para el Estado que las que parece que han sido aceptadas en principio.

Me enteraré, y hablaremos.

Se va á reformar el reglamento de la Milicia. Esperamos que no sufra variacion el titulo en que se refieren los deberes del cabo.

Parece que un editor trata de publicar en un tomo en folio de impresion compacta, los deberes del cabo.

ANUNCIOS.

Á REAL LA LINEA.

Á REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administracion; Plaza de Matute, núm. 2.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

PARA 1874.

Contiene este magnífico Almanaque, lo siguiente: «Juicio del año,» por Frontaura; «San oral completísimo, —1873— Revista del año;» «Recuerdos literarios,» por Ossorio; «In illo tempore,» por Sepúlveda; «La solterona,» por Guerrero; «El amor en el siglo XIX,» por Landaluce; «El oro,» por Centellas; «La hija de Jette,» drama lírico, por Arnao; «Acuérdate,» por Lucrecio; «Recuerdos,» por Perez de Liébana; «La mujer,» por Bremon; Poesías de Ariza, Barrera, Príncipe, Arnao y Guerrero; «La Cubana,» por Flora; Pensamientos morales, políticos y sociales de Campoamor, Castelar, Fernandez Guerra, Tamayo y Baus, Fernandez de la Hoz, Cortina, Flores, Rubi, Cánovas, Fernan-Caballero, Lafuente, Monlau, Trueba, Ochoa, Necedal, Breton, Silvela, Conde de S. Luis, Marqués de Molins, Rios y Rosas, Florentino Sanz, Cueto, Cañete, Ferrer del Río, Hartzenbusch, Fernandez de los Rios y Aparisi y Guijarro; Calendario español de las letras, las ciencias y las artes en el siglo XIX, y una tanda de walses.

Este Almanaque está magníficamente impreso y lleno de hermosos grabados. Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 para provincias. Se regala á los que se suscriban á EL CASCABEL por este año. Madrid: Administracion de EL CASCABEL; Plaza de Matute, 2.

CUENTOS DE SALON

Se ha publicado el tomo 17 que contiene

LA NUBE NEGRA

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 4 rs. en Madrid, y 5 rs. para provincias.

Diríjense los pedidos á la Administracion, Plaza de Matute, 2.

TEATRO DE LA ALHAMBRA

(CALLE DE LA LIBERTAD).

SOCIEDAD DE ESCRITORES.

Primera funcion para el lunes 9 de Febrero, á las ocho y media de la noche.

1.ª Sinfonía.

2.ª El Teatro de la Alhambra, escenas

suelas en verso, que pueden servir de prólogo.

3.ª *Saludo á las damas*, escrito por un festivo poeta, y recitado por el primer actor Sr. Yañez.

4.ª Primera representacion del capricho filosófico-burlesco, que su autor no se atreve á llamar *pasillo*, por si no pasa, en verso, titulado

EL ELIXIR DE LA VIDA.

5.ª Primera representacion del cuadro de costumbres populares, en un acoriginal, to y en verso, titulado

¡DESDE EL CIELO!

6.ª Primera representacion del juguete cómico en un acto, en prosa, titulado

UN MÁRTIR DESCONOCIDO.

Para esta primera funcion se despachan billetes en contaduría. — Están vendidos todos los palcos.

IMPRENTA DEL CASCABEL, Calle del Cid, núm. 4, (Recoletos).